

trocedió hasta mas abajo de Zuctok, con el objeto de proveerse de todo cuanto necesitaba y continuar la apertura del camino en la estacion de la seca. Dió cuenta de todo al capitán general, y dejó á los misioneros en las dos poblaciones que habia fundado, donde éstos se hicieron construir iglesias y conventos, para continuar ejerciendo su ministerio.



## CAPITULO IX.

1695-1696

La real audiencia de México absuelve á Soberanis.— Dificultades que con este motivo suscita á D. Martin de Urzúa.—Este continúa sin embargo sus operaciones.—Embajadores que le envía Canek para someter su isla al dominio español.—Recibimiento que les hace en Mérida.—Nombra tambien una embajada que pasa al Itzá.—Desacuerdo aparente entre el príncipe de esta isla y sus vasallos.—Los enviados del gobierno colonial se ven obligados á salir de ella secretamente.—Urzúa manda á sus tropas que tomen posesion del Peten.—Los Itzaés apelan á las armas para resistirse á esta medida.—Estado que guardaba el camino que iba abriendo García de Paredes.

Hácia el año de 1695 acaeció un suceso, que debia suscitar varios tropiezos y dilatorias á la empresa de que venimos hablando. La real audiencia de México absolvió á D. Roque de Soberanis y Zenteno, y como esta absolucion traia consigo su vuelta al gobierno de Yucatan, el mismo tribunal ordenó á D. Martin de Urzúa que se saliese de la península, porque ha-



bia una cédula real que prohibía á los que obtenían *futura*, residir en la provincia que con el tiempo habian de gobernar. Pero el representante que Urzúa tenia en aquella ciudad no se conformó con la última parte de la resolucion y manifestó al virey que habiéndose confiado expresamente á su cliente la expedicion al Peten Itzá, y habiendo gastado en ella una gran parte de su caudal, debia permitírsele que continuara residiendo en la provincia con el objeto de que pudiese llevarla al cabo. El virey no quiso decidir sin oír préviamente á Soberanis; mas como éste manifestó que á él debia corresponderle la continuacion de la empresa en virtud de habersele devuelto su gobierno por sentencia, aquel elevado funcionario determinó dar á su fallo todas las dilatorias posibles, con el objeto acaso de que una aclaracion de la corte le sacase del embarazo en que se encontraba.

Bien pudo el virey tomarse un largo tiempo para meditar su resolucion, porque Soberanis tuvo todavía necesidad de permanecer en México para gestionar que se le absolviese de la excomunion que pesaba sobre él. Urzúa aprovechó esta circunstancia para seguir reclutando gente, y habiéndola armado y abastecido de todo cuanto se necesitaba para continuar la apertura del camino, se la mandó á García de Paredes, que permanecia aún á las inmediaciones de Zuctok. Luego que este refuerzo, que se componia de ciento cincuenta hombres hubo llegado al punto de su destino, aquel jefe volvió á emprender su marcha hácia el mes de diciembre de 1695. Abriéronse en esta segunda expedicion unas cuarenta leguas de camino, y acaso se habria llegado hasta la laguna de Itzá, si no lo hubiese impedido un rio caudaloso, que cruzaba por el trayecto que se habia elegido. García de Paredes determinó acampar allí, á fin de construir una piragua, de que creyó tener suma necesidad para continuar sus operaciones.

Miéntas se avanzaba con toda esta lentitud á los domi-

nios de Canek, desarrollábanse algunos otros sucesos, que debian allanar á Urzúa, muchos de los obstáculos que temia encontrar en su empresa. El capitan Hariza, alcalde ordinario de la villa de Salamanca, tuvo noticias de que aquel príncipe indio deseaba ponerse en contacto con los españoles, acaso con el objeto de evitar la guerra, de que simultáneamente se veía amenazado por las tropas de Yucatan y de Guatemala. Comunicóselo inmediatamente al gobernador, y entretanto envió al Peten á un indio, llamado Mateo Uicab á fin de que sondease la voluntad del cacique. Encontró á éste muy alterado á causa de una refriega que sus vasallos acababan de tener con las tropas de Guatemala, que habian vuelto á salir á campaña y llegado á las inmediaciones de la laguna. Escuchó sin embargo á Uicab, y habiendo comprendido acaso que lo que mas le convenia en aquellos momentos era dividir á sus enemigos para ganar tiempo, resolvió captarse la voluntad del gobierno de Yucatan para adormecer al de Guatemala. Con esta intencion respondió al embajador que tenia muy buena voluntad de someterse á D. Martin de Urzúa con sus ochenta mil vasallos, todos los cuales estaban dispuestos á abrazar el cristianismo: que el objeto de esta sumision espontánea era el de evitar el derramamiento de sangre en sus dominios, por cuya razon á cualquiera que entrase en ellos en son de guerra, lo repeleria con la fuerza; y que finalmente si preferia rendirse á los soldados de Yucatan, era porque los consideraba mas humanos que á los de Guatemala, y porque su familia y su tribu eran originarias de la península.

Luego que la noticia de esta respuesta hubo llegado á Mérida, por haberla comunicado el capitan Hariza, el gobernador se llenó de gozo y determinó entablar relaciones directas con Canek por medio de una embajada, compuesta de personas respetables. Con este objeto mandó llamar á Fr. Andrés de Avendaño, que era el jefe de la mision, llamada de



las montañas, y despues de darle sus instrucciones, le confió una carta escrita en lengua maya, para el príncipe itzalano. Este documento que Villagutierre reproduce á la letra, está concebido en frases bombásticas y altisonantes, que recuerdan las de la intimacion, que, recien descubierta la América, se hacia á los indios por todo jefe de conquista. Tenia por principal objeto recordar á aquel personaje y á sus vasallos, las profecías de sus antiguos sacerdotes, y exhortarlos en virtud de ellas á abrazar el cristianismo y á someterse sin condicion de ninguna especie, á la corona de España.

Por una coincidencia, que la gravedad de las circunstancias hace muy fácil de explicar, Canek tuvo un pensamiento idéntico al de Urzúa, y así, miéntras el embajador de éste se dirigia al Peten por el camino que seguia abriendo García de Paredes, el jefe indio disponia otra embajada, compuesta de un sobrino suyo y cuatro de sus mejores capitanes, la cual se presentó en Salamanca al capitan Hariza. El alcalde los despachó inmediatamente para la capital de la colonia, habiendo comunicado previamente la noticia al gobernador para lo que pudiera convenirle. Grande satisfaccion causó á D. Martin de Urzúa esta noticia, y habiéndose informado del dia y hora en que debian entrar, salió á recibirlos hasta la plaza de la Mejorada, acompañado de los alcaldes ordinarios, del Ayuntamiento, de varios clérigos seculares y regulares y de los vecinos mas distinguidos de la ciudad. Allí abrazó á todos los itzalanos, metió al sobrino de Canek en su carruaje, hizo que los demás fuesen introducidos en otros, y la comitiva emprendió su marcha para la plaza principal, entre la inmensa muchedumbre que obstruia el tránsito. Detuviéronse todos en la Catedral, donde despues de haber hecho una breve oracion, se dirigieron al palacio de gobierno. Entónces el jefe de la embajada entregó á D. Martin de Urzúa una corona de plumas de diversos colores, que traia en la mano, y acompañó esta accion

con el siguiente discurso, que fué traducido al castellano por uno de los concurrentes.

“Señor: representando la persona de mi tio, el gran Canek, rey y señor absoluto de los itzáes, en su nombre y de su parte vengo á postrarme á tus piés y á ofrecer á ellos su corona real, para que en nombre de tu gran rey, cuya persona representas, nos recibas y admitas en su real servicio y debajo de su amparo y patrocinio, y nos concedas padres sacerdotes, que nos bauticen, administren y enseñen la ley del verdadero Dios. Esto es á lo que he venido y lo que mi rey solicita y desea, con el comun sentir de todos sus vasallos.” (1)

D. Martin de Urzúa recibió con agrado la corona y manifestó al embajador que en nombre del poderoso rey de las Españas, aceptaba el vasallaje que le ofrecia Canek y que muy pronto enviaria al Itzá, misioneros que instruyesen á sus habitantes en la religion de Jesus. Concluida esta ceremonia, los cinco indios fueron conducidos al alojamiento que se les tenia preparado, donde fueron tratados con todas las consideraciones que se creyeron necesarias para halagarlos. En seguida se les paseó por toda la ciudad para que viesen lo mas notable que encerraba en su recinto, y se les hizo comprender que lo que veian no eran mas que débiles resplandores del sol que brillaba con todo su esplendor en la metrópoli. El sobrino de Canek lo miraba todo con estudiada frialdad, y afectó no admirarse de nada, á pesar de que era ésta la primera vez que ponía los piés fuera de su isla.

A fin de comenzar á recoger desde esta ocasion los frutos que el rey y la iglesia se prometian de la embajada, los franciscanos emprendieron desde luego la conversion de los cinco individuos que la componian y no tardaron en bautizarlos

(1) Hemos copiado literalmente de la obra de Villagutierre, las palabras del embajador de Itzá.



solemnemente en la Catedral. Luego que se terminó este acto, en que el gobernador representó el papel de padrino, regaló á cada uno de los embajadores un traje, y entregándoles una carta y varios obsequios para Canek, los despachó para el punto de su partida é hizo que los acompañasen cuatro sacerdotes y algunos soldados, que debían de servirles de escolta hasta Salamanca.

La embajada de Urzúa tuvo una acogida ménos favorable que la de Canek. El franciscano Andrés de Avendaño á quien fué confiada, se hizo acompañar de sus hermanos Josef de Jesus María y Diego de Chavarría, y habiéndoseles unido cuatro indios, que debían servirles de guías y de criados, se situaron todos en el punto á que habia llegado el camino que estaba abriendo García de Paredes. Desde allí se internaron en el bosque por una vereda casi imperceptible, y al cabo de seis dias de marcha, llegaron á un pueblo formado por una rama destacada de los itzáes. Sus habitantes los recibieron con aspereza, y aún apelaron á las armas para intimidarlos; pero habiéndoles asegurado Fr. Avendaño que no los acompañaba ningun hombre de armas y que su único objeto era visitar á Canek, no solo depusieron toda actitud hostil, sino que ofrecieron allanarle todas las dificultades que podia encontrar en su mision. En cumplimiento de esta promesa, le llevaron al día siguiente á otro pueblo de su tribu, llamado Nichen, el cual estaba situado á la orilla de la laguna de Itzá. Desde allí enviaron un recado á Canek, quien no tardó en presentarse, acompañado de cuatrocientos indios, que venían armados y pintados de negro. Avendaño salió á recibirlos al desembarcadero con la sonrisa en los labios y con todas aquellas demostraciones de cariño, que en su concepto debia usar con aquellos hombres que acababan de someterse espontáneamente al rey de Castilla. Pero los vasallos de Canek prestaron poca atencion á sus razones, y con gestos que mas bien

parecían de amenaza, le obligaron á entrar en una canoa con sus compañeros y sus guías.

Al cabo de tres horas de navegacion, la numerosa comitiva llegó al Peten, y los embajadores fueron conducidos á un extenso salon, cuyo techo era de paja y en cuyo centro se elevaba una enorme piedra, cubierta con manchas de sangre. Los frailes comprendieron que aquel era el altar de los sacrificios, y debieron llenarse de terror cuando notaron que habian quedado casi á oscuras, á causa de la compacta muchedumbre que habia acudido á todos los lados del edificio. Entónces solicitaron salir á una plaza, y habiéndoseles concedido este permiso, dieron allí lectura á las cartas que traían del gobernador Urzúa y del provincial de los franciscanos. Canek prometió dar su respuesta dentro de algunos dias, y entretanto permitió á los embajadores que se quedasen en la isla á buscar prosélitos al cristianismo. Estos se aprovecharon de la concesion para bautizar algunos niños y predicar sermones á los adultos; pero parece que al demonio no le agradó mucho la propaganda, y armó una emboscada á los misioneros.

Un dia se presentó á Canek un gran número de sus vasallos, manifestándole que la nacion itzalana no necesitaba para nada de la alianza española; y que como la presencia de aquellos extranjeros en la isla, hacia comprender que se vacilaba todavía sobre la respuesta que se debia dar á Urzúa, era necesario hacerlos volver inmediatamente á Yucatan ó deshacerse de ellos de cualquier otra manera. El príncipe itzalano logró calmar por un momento á estos patriotas exaltados; pero poco tiempo despues se presentó un nuevo combustible, que volvió á provocar el incendio. Se presentaron en el Peten los caciques de otras cuatro islas que habia en la laguna, y como uno de ellos, llamado Couoh, habia aborrecido siempre á los españoles, se acercó á Avendaño en los momentos en que pronunciaba un discurso en favor de su embajada, y levantó su lanza



para herirle. Pero no se atrevió á ejecutar su designio en virtud sin duda del profundo respeto que el fraile le inspiraba por su carácter de embajador.

Este incidente obligó sin embargo á Canek á tomar una pronta determinacion, y habiendo hecho llamar secretamente á los tres franciscanos, les entregó una carta para D. Martin de Urzúa, en que repetia sus protestas de adhesion al Dios de los cristianos y al rey de Castilla. Tambien les dió varios presentes para el mismo funcionario y encargó mucho que le dijese que Couoh era uno de los príncipes mas turbulentos de su nacion, y que D. Martin haria un gran servicio á Itzá si procurase matarlo. Grande sorpresa causó este discurso á los embajadores; y mucho sin duda se aumentó cuando Canek añadió que debia efectuar su vuelta por Tepú y que él mismo iba á conducirlos fuera de la laguna, porque sin estas precauciones corria gran peligro su existencia.

Los pobres frailes se vieron obligados á conformarse con esta determinacion, y cuando la noche hubo cubierto de tinieblas la isla, el cacique acompañado solamente de tres individuos de su familia, los condujo al embarcadero y se metió con todos ellos en una piragua de su propiedad. Navegaron toda la noche, y al despuntar el alba, saltaron en tierra todos los viajeros y se dirigieron á un pueblo, que distaba cuatro leguas de la orilla y del cual era cacique un individuo, llamado Chamax Sulú. Allí Canek y sus deudos se despidieron de los embajadores, despues de haberle hecho prometer á Sulú que daría á éstos un guía que los condujese hasta Tepú. Los frailes estuvieron aguardando varios dias el cumplimiento de esta promesa; pero comprendiendo que el cacique siempre encontraria un pretexto para eludirlo, se determinaron á emprender su marcha por un angosto sendero, que segun les dijeron, debia conducirlos á Tepú. Hiciéronlo así con los cuatro indios cristianos que hasta entónces les habian perma-

necido fieles; pero á las pocas leguas de marcha, el sendero se borró completamente y fué necesario detenerse para reflexionar. Los indios opinaron que en lugar de dirigirse al Tepú por aquellas regiones que les eran totalmente desconocidas, era necesario cambiar de direccion para buscar el camino que estaba abriendo García de Paredes. Este consejo pareció el mas acertado á todos los viajeros; y sus autores, despues de consultar el sol durante el dia, y las estrellas durante la noche, echaron á andar por medio del bosque, abriéndose paso con sus machetes. Pero al cabo de algunos dias se les agotaron las pocas provisiones que llevaban, sin haber logrado encontrar el camino. La pequeña caravana comenzó á morir de hambre, y llegó un momento en que Fr. Avendaño, acometido de inanicion, se vió obligado á recostarse á la sombra de un árbol, miéntras sus compañeros exploraban los alrededores. Uno de éstos tuvo al fin la fortuna de encontrar á unos arrieros que llevaban víveres á los trabajadores del camino que se buscaba, y esta circunstancia libró á los embajadores de morir ignorados en la espesura del bosque.

Entretanto, D. Martin de Urzúa, que como comprenderá el lector, ignoraba completamente estos sucesos, despachó una orden por escrito al capitan García de Paredes para que pasase á tomar posesion del Peten y de todas las demás islas y pueblos que componian el Itzá, en virtud de haberse sujetado yá á la corona de Castilla. Cuando el teniente del capitan general recibió esta orden, habia ya abierto el camino hasta un sitio que solo distaba ocho leguas de la laguna. No pudo ejecutar personalmente la mision que se le confiaba, por hallarse á la sazón enfermo; pero mandó en su lugar al capitan D. Pedro de Zubiaur, á quien dió sesenta soldados, algunos indios de armas y dos frailes del orden de san Francisco.

Internóse el pequeño destacamento por la vereda que po-



cos dias ántes habían llevado los embajadores de Urzúa, y no fué poca su sorpresa, cuando al llegar á la orilla de la laguna, notó que estaba cubierta de canoas, en que navegaba una multitud de guerreros indios. Remaron éstos con vigor cuando vieron á los soldados de Zubiaur, y habiendo saltado en tierra, se mezclaron entre ellos y quisieron obligarlos con gestos y amenazas á que se embarcasen. Llamaron la atención estas demostraciones, y uno de los frailes de la expedición, que conocia perfectamente la lengua maya, hizo notar á los agresores que estaban muy mal empleadas con unos hombres que ya eran amigos y aliados de su nacion. Pero los súbditos de Canek, en vez de aplacarse maltrataron á algunos mayas, que venían armados á la ligera, y mataron á un soldado español á la vista de sus compatriotas. En seguida se vió salir de los bosques vecinos un número inmenso de indios, que Villagutierre hace subir hasta diez mil, y un diluvio de flechas llovió sobre la fuerza expedicionaria. Zubiaur se puso inmediatamente en defensa, y las armas de fuego causaron algun estrago en las filas enemigas; pero comprendiendo cuán corta era su tropa para luchar con todo el poder de Itzá, determinó retirarse, y no paró hasta el campamento de García de Paredes.

Este suceso hizo comprender á D. Martin de Urzúa que la lealtad y la franqueza no descollaban entre las virtudes de Canek, aunque hay quien crea que este desgraciado cacique era el juguete de sus vasallos, los cuales habian armado últimamente un tumulto para obligarle á desistir de la alianza española. Sea de esto lo que fuere, Urzúa determinó llevar adelante su empresa y salir personalmente á la campaña, dejando el gobierno á los alcaldes ordinarios. Para esto comenzó á hacer nuevos preparativos: reclutó y equipó otros cien hombres de armas y volvió á proveerse de municiones de boca y guerra. Tambien mandó cortar madera para construir ca-

noas y bergantines que surcasen la laguna de Itzá, porque en su concepto este era el único medio que podia emplearse para sujetar todas las islas. Dió, en fin, noticia de todo al virey de México, pidiéndole que conforme á las órdenes reales que tenia, le diese toda la ayuda que necesitaba, porque los muchos gastos que habia hecho, tenian ya agotado su caudal.

Quando este aviso llegó á la capital de la Nueva España, era ya entrado el año de 1696, y D. Roque de Soberanis seguia haciendo gestiones para que D. Martin de Urzúa saliese de Yucatan, y aun para que le abandonase la empresa de abrir el camino y reducir el Peten. El virey continuaba tomándose tiempo para meditar su resolucion; pero tanto le urgió Soberanis que al fin determinó que luego que éste llegase á Yucatan y se hiciese cargo del gobierno, D. Martin de Urzúa se saliese de Mérida, se situase en seguida en el último punto del camino abierto por García de Paredes y que allí hiciese todo lo posible para dar cima á su empresa en todo el mes de marzo del año que corria; pero que si entrado abril, no la hubiese terminado, se fuese á la villa de Campeche, sin venir á Mérida bajo ningun pretexto, y se embarcase en aquel puerto para salir de la península, dejando la conclusion de la obra á Soberanis. No se conformó Urzúa con esta resolucion y pidió que á lo ménos se le ampliase el término que se le señalaba, en gracia siquiera de los gastos que habia hecho en servicio de su religion y de su patria. Quando esta instancia llegó á México, había ya recaído el vireinato en el obispo de Michoacan; y este prelado, aunque insistió en que Urzúa saliese de la península, resolvió que á él correspondia hasta su conclusion la empresa que habia acometido, dándole facultad para residir en Verapaz, en Guatemala ó en el pueblo de Zuctok, que no se consideraba comprendido dentro de los límites de Yucatan. Ordenó asimismo á Soberanis que coadyuvase á la expedicion con todos los auxilios que le pidiese su jefe,



y concluyó disponiendo que se recogiesen todos los papeles concernientes á este asunto y se enviasen al real Consejo de las Indias, á fin de que este cuerpo confirmara su fallo ó determinara lo que creyera mas acertado.

Por el mismo tiempo en que se dictaba en México esta resolución, García de Paredes habia terminado ya la construcción de la piragua de que hemos hablado, y embarcándose en ella con treinta soldados para buscar el origen del rio, que le habia detenido en su tránsito. No tardó en encontrarle en tres ojos de agua, que solo distaban ocho leguas del punto de su embarque, y habiendo dado cuenta al gobernador de este descubrimiento, continuó la apertura del camino á la banda opuesta. Pero muy pronto tuvo necesidad de suspender sus trabajos, porque sobrevinieron las lluvias y porque se le enfermaron muchos trabajadores, á causa de los pantanos que abundan en aquella region. Entónces hizo construir un reducto á diez y seis leguas solamente de la laguna de Itzá, escogió cuarenta de sus mejores soldados, y habiéndolos dejado allí con seis piezas de artillería y con las armas, municiones y víveres necesarios para aguantarse por seis meses, se despidió de ellos diciéndoles que en diciembre próximo estaria de vuelta con el mismo D. Martin de Urzúa para llegar definitivamente hasta el Peten. En seguida emprendió su retirada con el resto de la gente, no hasta Zuctok, como el año anterior, sino hasta la misma villa de Campeche, porque sentia su salud muy quebrantada.

## CAPITULO X.

1696-1697

Vuelve á encargarse del gobierno de la provincia D. Roque de Soberanis y Centeno.—Ordenes que recibe de la corte.—D. Martin de Urzúa se pone al frente de la expedicion que marcha al Peten.—Acampa á la orilla de la laguna.—Provocaciones de los indios.—Personas importantes que visitan el real y noticias que dan sobre el Itzá.—Se termina la construcción de la galeota y los expedicionarios se embarcan en ella.—Combates con los naturales.—Cae en poder de Urzúa la isla principal.—Canek y todos sus habitantes se refugian á la tierra firme.—Medidas que se adoptan para hacerlos volver á sus hogares.

D. Roque de Soberanis y Centeno determinó por fin volver á la península y se presentó en Mérida hácia el mes de julio ó agosto de 1696. D. Martin de Urzúa le entregó inmediatamente el gobierno (1) y se retiró á Campeche, donde creyó que podia encontrar recursos para hacer sus últimos preparativos. Dejó su poder al conde de Miraflores para todo lo

(1) Pretende el Dr. Lara que Soberanis tomó segunda vez posesion del gobierno de la península el 13 de febrero de 1697. Evidentemente incurrió en una equivocacion, porque aunque Villagutierre no cita con precision las fechas, los sucesos de la conquista del Peten que se refieren en este capitulo, dan á comprender que aquella toma de posesion solo pudo tener lugar en la época que se cita en el texto.